



error de más de diez años. Otro más considerable resulta con evidencia de las nuevas inscripciones de la tumba de Apis para los tiempos anteriores á Psammético; de suerte, que nos vemos más obligados que nunca á desconfiar de las cifras cronológicas conservadas en las listas de Manethon. Si son inexactas para épocas en que los griegos hubieran podido auxiliar casi directamente á los cronologistas que nos las han conservado, ¿qué confianza podemos tener en ellos cuando es preciso remontarse á épocas tan distantes?

Véase ahora lo que nos dan á conocer los monumentos estudiados hasta aquí. Parece haber acuerdo en que Cambises conquistó el Egipto en el año tercero de su reinado, 224 de la Era de Nabonasar. El cánón cronológico compuesto por Ptolomeo, nos guía con su invencible autoridad hasta esa época, que corresponde al año 527 antes de Jesucristo. La dinastía que precede á la vigésimasexta, ha encontrado su cronología completa en los monumentos de la tumba de Apis, apartándose sensiblemente de la que hubiera podido construirse con las listas de Manethon. El año primero de Psammético I, responde al 94 de la Era de Nabonasar, año juliano 654 antes de nuestra época.

Los mismos monumentos muestran aquí de nuevo una diferencia sensible con las cifras de las listas, no dando sino un pequenísimo intervalo entre Psammético y Tharaka, último rey de la dinastía etiópica. Una inscripción de la tumba de Apis muestra de nuevo que el reino de Tharaka comenzó hácia el 683 antes de Jesucristo, mas ya con una incertidumbre de uno ó dos años. Aquí se detiene la región de las cifras exactas. Remontando todavía, carecemos de medios para comprobar los reinados de los dos Sabacon, predecesores de Tharaka. Las cifras de las listas parecen demasiado cortas, y entramos en el régimen de las correcciones aventuradas, cuya exactitud no nos indican los movimientos. Contentémonos con decir que Bocoris (vigésimacuarta dinastía) debe colocarse hácia el año 715, que el principio de la vigésimatercera, ó advenimiento de los Petubastes, sube al principio del siglo VIII. Aquí el error posible ha tomado ya grandes proporciones.

La dinastía vigésimasegunda nos ofrece un punto de comparacion y un medio precioso de rectificacion en el hecho de la toma de Jerusalem por Scheschonk I (Sesac), si la cronología del libro de los Reyes estuviera mejor definida; pero ofrece numerosas dificultades en la serie de los reyes de Judá é Israel, que no han sido aún resueltas de una manera satisfactoria. Bunsen coloca la toma de Jerusalem en 962. Todo lo que

una prudente reserva nos permite afirmar, es que la dinastía vigésimasegunda aparece en los monumentos mucho más larga que pudiera entenderse por las listas de Manethon, y que el reinado de Scheschonk comenzó hácia el medio del siglo X. Para la dinastía vigésimaprimerá y vigésimasegunda, sólo dan los monumentos fechas parciales; nos vemos reducidos á las mismas cifras de las listas que tan defectuosas hallamos; singularmente la de la vigésima está ciertamente truncada. Los límites del error posible, fácilmente pueden á esta altura pasar de un siglo.

Segun un trabajo de Biot, un orto de Sirio (Sothis), indicado en Thebas bajo Ramsés III al principio de la dinastía vigésima, correspondiera al principio del siglo XIII antes de Jesucristo. Esta fecha nos parece concordar perfectamente con la última época que acabamos de calcular, y con la duracion probable de la vigésima dinastía, de la vigésimaprimerá y de la vigésimasegunda.

Como hemos dicho, el sincronismo de Moisés con Ramsés II, dinastía décimanovena, tan precioso bajo el punto de vista histórico, sólo nos da una luz insuficiente para la cronología, porque no es conocida de un modo bastante cierto la duracion de los jueces de Israel. Estaremos en los límites de lo probable, colocando á Sothis I hácia el 1500 y el comienzo de la dinastía décimaoctava hácia el siglo XVIII. Mas no seria de admirar si hubiese un error de dos siglos en estos cálculos; tan *viciados* están los documentos en la historia ó *incompletos* en los monumentos.

«Llegamos á la expulsion de los pastores, y no emprenderemos aquí cálculo alguno. Los textos no están acordes sobre el tiempo que duró la ocupacion del Egipto por estos terribles huéspedes, y los monumentos están mudos sobre ello. Este tiempo fué largo, sucediéndose muchas dinastías antes de su expulsion; es cuanto sobre esto sabemos. Ni estamos más instruidos sobre la duracion del *primer imperio*, y no tenemos medio razonable de determinar la edad de las pirámides, testigos de la grandeza de los primeros egipcios. Si á pesar de todo recordamos que las generaciones que las construyeron están separadas de nuestra era vulgar, primero por los diez y ocho siglos del segundo imperio egipcio, despues por el largo tiempo de la invasion asiática, y en fin, por muchas dinastías numerosas y pujantes que nos han dejado monumentos de su tránsito, la antigüedad de las pirámides no pierde nada de su majestad á los ojos de la historia, porque no puede ser exactamente calculada.»



Hasta aquí Rougé, quien abiertamente sostiene en otra parte la conformidad de la cronología egipcia, segun razonablemente se la puede apreciar en medio de tanta oscuridad y falta de datos, con la bíblica computada sobre poco más ó ménos como la computa Oppert, es decir, como la computamos nosotros segun el texto griego, con escasa diferencia. Despues de lo que dice este maestro, es curiosa la seguridad con que habla Renan á los lectores de la *Revista de Ambos mundos*, con ocasion de su viaje á Egipto, exponiendo á vuela pluma la sustancia de sus conversaciones con Mariette, como si estas breves conferencias pudieran suplir una ciencia para él desconocida. Acepta, pues, 511 años para la dominacion de los pastores, cálculo de Josefo segun las listas de Manethon, y no inverosímil, aunque incierto, lo cual daria para su entrada en Egipto sobre 2200 años antes de Jesucristo, y añade: «no hay una sombra de razon para dudar de esta cifra.... Manethon cuenta, antes de la irrupcion de los pastores, catorce dinastías, que dan un total de 2800 años... y no hallándosele defectuoso en ninguno de los puntos en que se le puede someter á crítica (controler), ¿por qué rechazar su testimonio en este punto?»

«Digámoslo claramente, contesta á ello otro docto egiptólogo: colocarse en terreno semejante, es echarse fuera de la ciencia. Por de pronto, las cifras parciales de Manethon nada son ménos que auténticas; acabamos de ver cómo y por qué. Luego con mayor razon debe ser lo mismo para las épocas antiguas, sobre las cuales habia ménos elementos de investigacion y de crítica, y en donde las listas presentan diferencias considerables con otros documentos redactados en Egipto muchos siglos antes de Manethon, singularmente con las *Tablas de Sak-kara* y la nueva *Tabla de Abydos*, ambas descubiertas por Mariette. M. de Rougé se ha valido de ellas en el curso del año anterior (1865), y halla tales diferencias entre los documentos, que no se atreve á decidir si la tercera dinastía de Manethon es omitida del todo en las *Tablas* y en el *Papiro real de Turin*, ó si procede de haber hecho dos de una familia real. Quanto á la primera dinastía, segun la misma autoridad, la *Lista de los Eratóstenes* nos hace comprender que habia en Egipto muchas tradiciones diversas sobre este punto, diferencia atestiguada tambien por la variedad de las Tablas faraónicas, aunque sea satisfactorio el acuerdo de estas con el *Papiro de Turin*, teniendo en cuenta la deplorable laceracion de este, y los cortes voluntarios hechos por los redactores de las otras dos; su autoridad es, pues, muy superior á la de

Manethon. Mas no es esto todo: los 2800 años trascurridos, segun la adición hecha á sus listas, entre Menes y la invasion de los pastores, es cosa demostrada que no los admitia el mismo Manethon, puesto que daba un total de 3555 como duracion total entre Menes y Alejandro. Esta cifra parece haberla ignorado completamente Renan.

El atribuye á un cálculo hipotético de Lepsius una reduccion de 1400 años sobre el total de las adiciones; se ve, pues, que ni conoce la disertacion del docto alemán, leida en la Academia de Berlin y publicada en sus *Memorias* en 1857, ni los artículos publicados en 1860 en la *Revista arqueológica* por M. Martin, decano de la Facultad de Rennes. Allí hubiera encontrado, en efecto, la *demonstracion rigurosa* de que la cifra de 3555 años es la verdadera expresion, no de la exacta verdad histórica, sino de la opinion personal de Manethon acerca de la historia antigua de su país.

Ha debido, pues, admitir Manethon dinastías simultáneas, y les ha dado lugar en su cánón cronológico. Al rechazar esta opinion, hace mucho tiempo conocida en la ciencia, M. Renan se apoya en hechos que muestran, no la falsedad del principio, sino la exagerada y temeraria aplicacion que á veces se ha hecho de él. Es verdad, como él observa, que la quinta dinastía (*elefantina*) y la sexta (*memfítica*), han reinado una despues de otra, pues que lo atestiguan los monumentos. ¿Pero es igualmente cierto, como dice Renan, que Manethon ha suprimido en su cronología una dinastía nacional en un periodo en que habria reconocido como legítima una de los reyes pastores?

Esto es tanto más dudoso, cuanto que en el extracto de Eusebio hay para este periodo dos dinastías *tebanas* y una de *hyksos*; mientras que en el de Julio Africano se hallan tres dinastías extranjeras. Quanto á la dinastía décimacuarta (*soítica*), su existencia distinta y simultánea, admitida por Brugsch, en nada es desmentida por los colosos de la décimatercera hallados por Mariette en San, por la razon de que San, la antigua Tanis, y muy probablemente la Ayaris de los hyksos, no está en manera alguna, como lo cree Renan, á algunos kilómetros de Xoís. San está hácia la extremidad N. E. del Egipto, y Xoís en el centro del Delta, en una región propia para una guerra defensiva, y donde la décimacuarta dinastía pudo mantener su independéncia. ¿Era contra los reyes nacionales de la décimatercera dinastía, ó contra los dominadores extranjeros, ó bien no comenzada aún la separacion durante la dinastía décimasétima, para mantenerse durante el período



do de los hyksos? Este es un punto indiferente á la cuestion general de las dinastías simultáneas, pero los colosos de San nada tienen que hacer en esta cuestion. Respecto á las dinastías séptima y décima, de las que no se conoce monumento alguno, si como espera M. Mariette, se halla algun vestigio de la morada de las dos últimas en Heracleópolis (*Hnas*), donde nunca se han hecho escavaciones, la presencia de los restos que pudieran descubrirse no probaria, al parecer, que esta dinastía no hubiera sido local, ni debilitaria la hipótesis de Brugsch sobre la desmembracion del Egipto desde el fin de la sexta dinastía hasta el período de los reyes tebanos.»

Existen, pues, errores, interpolaciones y adiciones en las famosas listas de Manethon, adiciones que representan, segun él mismo, 1150 años, y 1400 segun Lepsius. De aquí se sigue rigurosamente, que no se sabe nada cierto en orden á la cronología de las quince primeras dinastías, entre las cuales parece, que tambien contaba Manethon algunos nombres fabulosos anteriores á Menes. Si se tiene en cuenta esta incertidumbre, la imposibilidad de que un historiógrafo del tercer siglo antes de Cristo, dispusiera de datos históricos para tiempos tan remotos, la seguridad de la coexistencia de algunas dinastías, las pretensiones de antigüedad de todos los pueblos antiguos, que solian centralizar en su país las memorias remotas de tradiciones universales, como lo comprueban mil datos distintos, y entre ellos la vida larguísima que todos conceden á sus reyes y héroes; si se considera además la analogía de las tradiciones egipcias relativas á Menes, con las bíblicas relativas á Noé, que apenas puede suponerse casual, y que aun en la opinion de Manethon coincide la época de Menes con la de dicho patriarca, que nació 600 años antes del diluvio; sacaremos en consecuencia que, aun dando á las listas egipcias una autoridad que no tienen, no pasan de la cronología bíblica relativa al diluvio segun el texto griego, debiendo admitir en las tradiciones egipcias alguna confusion, consistente en contar despues de este cataclismo el tiempo todo de la vida de Menes ó Noé, como conjetura bien probable, supuesto que de lo dicho resulta claro que no se puede salir de conjeturas en la historia antigua del Egipto. Agréguese á esto que Homero no habla sino de Tebas, porque probablemente no tenia noticias de Memphis, y que, segun Girardin, el terreno bañado por el Nilo se eleva sobre 126 milímetros cada año, lo que le da una antigüedad que no pasa de cincuenta siglos, y aunque no confiemos mucho en este cálculo, siempre queda debilitada la grande, sí, pero no

tan fabulosa antigüedad como para la historia egipcia se pretende.

Para terminar este asunto de las pretensiones de antigüedad en las historias de los pueblos y recopilar y corroborar lo expuesto, traduciremos lo que sobre ello hallamos en Hettinger.

«Busen hace subir el principio de la historia babilónica al año 3784, Gutschmid al 2247, Brandis al 2558, Oppert al 3540. Segun los sacerdotes, habian pasado 34091 años desde el diluvio á la invasion de los medos, lo que está en oposicion con las afirmaciones de los egipcios, imposibles de conciliar con las de los caldeos referidas por Manethon. El cuerpo sacerdotal habia construido la historia del mundo y de su propio pueblo con arreglo á un tema astronómico. La avanzada civilizacion que encontramos en los antiguos reinos de Asiria y Egipto, no prueba en manera alguna que se hayan necesitado millares de años para que la humanidad llegase á tal grado de desarrollo; no hace más que contradecir la hipótesis de que el hombre se elevara lentamente desde el grado infimo de la animalidad, al supremo rango de perfeccion moral.

»La era más antigua á que los pueblos hacen subir sus fabulosas historias, es la del diluvio: entre los egipcios principia con Menes, el patriarca del diluvio; entre los indios, con Manú; entre los chinos, con Yao; entre los griegos, con Deucalion, y lo mismo sucede con los celtas, mejicanos y peruanos. Si se busca el motivo que hace del diluvio el punto de partida de toda historia local, se le hallará en el horizonte exclusivamente nacional, y por consiguiente restringido, en que se encerraban los pueblos antiguos; sólo los israelitas se distinguen por el punto de vista universal en que se colocan. Para los otros pueblos, la historia del mundo no es más que la historia de sus dioses particulares y la de sus antepasados; de donde resulta, que el patriarca testigo del diluvio, es al mismo tiempo el autor de su raza.

La historia de los egipcios comienza en Menes. Verdad es que Manethon retrasa bien lejos el reinado de Menes, pero es en una época del todo fabulosa aún; los monumentos no principian á hacer mencion ordenada de las dinastías sino á partir de la décimaséptima y décima octava. Los pueblos de la Edad media, intentaban hacer remontar su origen lo más alto posible, hasta el principio del mundo; y no podia ser de otro modo con su manera estrecha de ver el mundo, pues que los reyes, en su cualidad de descendientes de los dioses, debian existir antes de la historia.



Tres ciclos de dioses, dice Døellinger, ó de otro modo, tres dinastías, son mencionadas. Luego cuando se asigna á cada dios tomado separadamente, como lo hace Herodoto, un reinado de una determinada duracion, toda esta clasificacion y sucesion cronológica es un producto de la imaginacion de los sacerdotes, en una época en que el Egipto estaba reunido en un sólo reino; mas hay, sin embargo, un hecho averiguado, la preponderancia que tomaban á su vez ciertos dioses en diversas épocas.

«Los datos de los egipcios, dice Roth, acerca de los comienzos de su historia, deben dejarse á un lado por completo, y cada cual puede pensar de ellos como guste.» Segun Champollion, no hay monumento egipcio anterior á 2200 años antes de Cristo. Igual es la opinion de Rosellini, compañero de Champollion en sus investigaciones científicas: «no existe, dice, armonía más perfecta que entre la historia de Egipto y la cronología de la Biblia.» En nuestros dias reina la más completa discordia entre los cronólogos; y así el reinado de Menes comienza, segun

	Años antes de Jesucristo.
Henne, en	6117
Lesneur.	5573
Boeckh.	5702
Unger.	5613
Brugsch.	4455
Lauth.	4157
Lepsius.	3893
Bunsen.	3623
Roeckerath.	2783
Seyffarth.	2762
Prichard.	2400
Hoffmann.	2182

...Las observaciones reales y verdaderas de trescientos setenta y tres eclipses solares y ochocientos treinta y dos lunares hasta Alejandro el Grande, comprendiendo un espacio de 1250 años, no nos llevan sino al año 1586,— y es difícil concebir que olvidaran los anteriores si son tan antiguos y estaban tan adelantados.—Listas de reyes descubiertas recientemente en Memphis, han inducido á Mariette á quitar de las tablas dos períodos (que antes habia admitido), ó sean 1536 años, y á echar á un lado ciertos nombres de reyes que se hallan en Manethon, como demasiado fabulosos. «La historia de los primeros tiempos del Egipto, dice con razon Ideler, es un laberinto, cuyo hilo conductor ha perdido la cronología...» «¿Quién podrá sostener, dice Lepsius, que las fuentes

más antiguas no se contradicen entre sí, y que Manethon no ha cometido error alguno en aquel gran trabajo histórico, emprendido para hacer entrar en el cuadro estrecho de un punto de vista único y de una misma sucesion continua, todas las dinastías, no sólo del Alto y Bajo Egipto, sino aun las de los conquistadores semíticos que oprimieron por largo tiempo el país?» Así, en su *Cronología*, no tiene por histórica la fecha de Menes, sino en cuanto la relacion de Manethon, fundado en los antiguos anales del país, pueda ser considerada como histórica.

Las listas reales últimamente descubiertas por Mariette en una tumba de Sakkara, y por Dumichen durante las escavaciones de Abydos en un templo consagrado á Osiris, están lejos de confirmar las largas listas de reyes de Manethon; antes bien, prueban sin réplica que los historiógrafos egipcios que formaron esas listas bajo los reinos de Sethos I y Ramsés el Grande, pasaron sin transicion desde los reyes de la décimasegunda dinastía á los de la décima octava, lo mismo que omitian en las doce primeras generaciones enteras de reyes nombrados por Manethon. En la primera de dichas tablas faltan la séptima, octava, novena y décima dinastías.

Apoyado en estos hechos, saca Nash las siguientes consecuencias (en el *Athenaeum*, 1864):

1.^a Los historiógrafos de Tebas y Memphis compusieron una historia de Egipto 1400 años antes de Jesucristo, en la cual han reducido á la forma histórica el período anterior á la dinastía décimasegunda, que no era más que un tejido de fábulas y leyendas. Es probable que el *Papyrus* de Turin fuera el digesto de semejante historia con sus reyes imaginarios y sus dinastías divinas, sus fabulosos legisladores y conquistadores legendarios, y que la relacion de Manethon no fuera más que un extracto de él ó una amplificacion.

2.^a La historia de los reyes egipcios que reinaron sobre los tronos reunidos de Tebas y Memphis, comienza con la dinastía décimasegunda, á la cual sucedió la décima octava. Sólo á partir de esta época, esto es, 1800 años antes de Cristo, se hace la historia real y precisa; más allá no se encuentra más que una multitud de pequeños soberanos y tiranos que reinan sobre una ciudad ó porcion del territorio; la historia elegia entonces entre este número considerable á los que más se habian distinguido en uno ú otro de los grandes centros en que dominaban los sacerdotes. Algunos de los Faraones, por ejemplo, los más famosos de los que hicieron construir las pirámides, y el buen rey Sent,



aparecen á la vez en los documentos del Alto y Bajo Egipto; al contrario, el nombre de Menes, fundador legendario del reino, mencionado por el documento tebano de Abydos, no se encuentra en el de Memphis; es una prueba en apoyo de la opinion que atribuye todo lo que en la historia egipcia lleva un sello de lógica y encajenamiento, al trabajo de los doctos tebanos que vivian bajo el reinado de los grandes Faraones de la dinastía de los Ramsidas (décimanoventa).

Por lo demás, nunca se debieran olvidar dos reflexiones cuando se trata de las relaciones entre la historia bíblica y las cronologías de los pueblos civilizados de la antigüedad. La primera se ha hecho con mucha verdad por Barthélemy Saint-Hilaire: «Fuera de la Biblia, que es á la vez un libro histórico y sagrado, ningún pueblo asiático ha sabido escribir su historia.» La segunda es, que es imposible admitir que el autor del Pentateuco se haya convenido de mentira á sí mismo en su obra, monumento escrito en los tiempos mosaicos, al que se refiere toda la literatura posterior de los hebreos, y que está lleno de alusiones á los asuntos egipcios, comprobadas hoy mismo muchas de ellas, hasta el punto de haber escrito Lauth una *Historia de Moisés el hebreo segun dos papiros del antiguo Egipto*, perfectamente acorde con los datos bíblicos. Pues eso hubiera sucedido si Moisés hubiera puesto la historia del mundo y de su pueblo en desacuerdo con la cronología del país en que vivía.»

Parece, pues, bien comprobado que los monumentos recientemente estudiados de los pueblos más antiguos, no exigen ensanchar la cronología bíblica segun el cómputo adoptado, como afirma el Sr. Vilanova por via de introduccion á las pruebas sacadas de su ciencia especial, la geología y paleontología, pruebas que estudiaremos despues, y que esperamos demostrar que no son concluyentes. Y digo *demostrar* sin quitar nada al valor de esta palabra, porque se trata de hacer ver, ó que los principios en que se apoyan esas pruebas no son ciertos y evidentes, ó que no son rigurosas las consecuencias.

III

Pasemos ya á las pruebas prehistóricas, aunque no todavía geológicas ni paleontológicas, aducidas por el Sr. Vilanova en apoyo de la remotísima edad del hombre sobre la tierra, incompatible con toda cronología dada hasta la fecha, aun las más exageradas, que llevan la creacion hasta 7000 años antes de Cristo.

Por lo que dijimos al principio, ya se ve que no hacemos de la cuestion cronológica una cuestion dogmática, ya que los cronólogos cristianos, principalmente en la Biblia apoyados, varian entre sí sobre 3000 años. Bueno será, con todo, decir que esta diversidad procede de la que hay en los textos y de la libertad de las exposiciones. Pero de una ó de otra manera, todas se basan en la Biblia; no faltando quien haya expresado la posibilidad, no la realidad, de que la tabla mosaica está incompleta, ó de que antes de la humanidad actual existiera otra totalmente extinguida. En Alemania hay teólogos que exponen así el primer versículo del Génesis, suponiendo que trata de la creacion de un mundo que subsistió más ó ménos tiempo y fué reducido al caos, despues del cual principia la historia de la creacion actual con la organizacion de la luz, atmósfera, etc. Esta hipótesis, conocida con el nombre de *hipótesis de la restitution*, sirve tambien para entender los dias de la creacion nueva, que seria la referida en el Génesis, como dias comunes de veinticuatro horas. Todo es posible, y por estas razones no presentamos nuestras dificultades al Sr. Vilanova como asunto de ortodoxia. Al contrario, creemos y nos consta la del Sr. Vilanova; sólo que en algunas ocasiones ha sido sorprendida su buena fe, como luego veremos, cosa no extraña para quien no es un teólogo, y no todos tienen obligacion de serlo. En tal estado de cosas, poco le valen las respetables opiniones de teólogos que alega; pues la generalidad de ellos, si no todos, en tanto dan por asunto libre el de la cronología bíblica, en cuanto que esta varia segun los textos é interpretaciones; pero no sé qué dirían si se tratara de fijar una cronología enormemente superior á la que puede deducirse de cualquier texto bíblico y cualquiera interpretacion razonable, como lo es de cierto una cronología de centenares y millares de siglos, como parecen exigirla los datos y cálculos alegados por el señor Vilanova, por más que prudentemente se abstenga de fijarlos ni aun aproximadamente.

Saca su primera razon de la unidad de la especie humana, la cual sostiene muy bien, habiéndonos aprovechado nosotros de su excelente trabajo para defender aquella unidad. Dice, pues, con Lyell, que «si las diversas variedades de la especie humana proceden de un mismo tronco, se necesita para la formacion lenta y gradual de las razas llamadas caucásica, mogola, negra ó etiópica etc., un espacio ó intervalo de tiempo infinitamente mayor que el que abraza ó comprende el más antiguo sistema de cronología de los pueblos. Es decir, en



otros términos, que reconocida la procedencia de la humanidad de una sola pareja, se hace de todo punto indispensable admitir una gran série de edades, durante las cuales la influencia continuada de las circunstancias exteriores dió origen á ciertas particularidades en el hombre, que pronunciándose más y más en una gran série de generaciones sucesivas, terminaron por fijarse y trasmitirse hereditariamente.»

Vamos á demostrar, que esta razon no prueba lo que se intenta. Ante todo, observamos que sólo se habla de las influencias exteriores como causas de las variedades de la especie, y no son estas solas, pues se ha olvidado á la generacion, que por medios misteriosos, como ella lo es, produce á veces anomalías inexplicables. En esto no cabe duda, pues es de experiencia universal, que á veces nacen hijos muy diversos de sus padres y ascendientes, contra la regla comun, que es lo contrario. Que la ciencia no explica esto, lo sabemos; pero ella está obligada á admitirlo, porque tiene que admitir los hechos de experiencia. Luego hay que agregar esta causa principal de las variedades humanas á la accion lenta y continuada de las circunstancias exteriores. Ahora digo: el argumento, supone la formacion *lenta y gradual* de las razas humanas, mediante las influencias exteriores. Mas esa suposicion no se prueba; no se prueba que las razas se hayan formado *lenta y gradualmente*; luego el argumento no convence. ¿Cómo se probará que esa formacion de razas ha tenido que ser *lenta y gradual*? Y caso que lo hubiera sido hasta cierto punto, ¿cómo se prueba que no pudo verificarse, por ejemplo, en diez, cinco, tres ó dos siglos? Se dan variedades inexplicables, por efecto sólo de la generacion; luego pudieron darse, v. g., en los primeros siglos que siguieron al diluvio. Estas variedades pudieron acentuarse más y más mediante las uniones conyugales y las influencias externas, y sobre todo en la época de la dispersion de los pueblos, cuando la humanidad, aún jóven, debia ser más impresionable á dichas influencias, y el tránsito á climas remotos y diversísimos, y la corrupcion que diversamente se extendió por los pueblos, y el aislamiento en que quedaron generalmente, y el embrutecimiento en que se encontraron al poco tiempo, debieron producir las alteraciones que constituyen las razas, con una rapidez que no puede sujetarse á cálculo alguno científico.

No hablemos del color, que es el carácter más expuesto á las influencias del clima, y que se sabe ha cambiado completamente en la misma raza en tiempos posteriores al siglo XVI.

Hablemos de las formas del cráneo, que principalmente distinguen á las razas. Supongamos, por ejemplo, que el segundo hijo de Noé, ó sea Cam, ó alguno de los hijos de este, nació *dolicocéfalo*, para emplear el lenguaje técnico, como tambien es posible que algunas mujeres. Ayuntado luego en matrimonio, retirados al Sur de la Arabia, viciados, aislados, embrutecidos, pudo propagarse este carácter á sus hijos, acentuarse más á beneficio de las circunstancias exteriores y género de vida y costumbres, y al fin fijarse y constituir una raza extrema, la raza negra, que se propagó despues por el Africa, y despues por las islas, donde se encuentra. ¿Hay imposibilidad alguna? ¿Hay necesidad de tantos siglos? ¿Dónde están las pruebas? Advuértase que no decimos que fuera así ó no fuera; nos inclinamos más á creer que esta diversidad comenzó con la catástrofe de Babel (aunque tampoco tiene esto nada de científico), y se exageró y consolidó con la dispersion y el aislamiento. Pero los adversarios tienen precision de probar, que entre los hijos y descendientes de Noé por unos cuantos siglos, no hubo *braquicéfalos* y *dolicocéfalos*, ni se verificó entre ellos una especie de seleccion, ni pudo, por lo tanto, originarse una raza; y esto no lo prueban, ni aun lo intentan probar.

Pero el mismo Sr. Vilanova nos da una prueba concluyente de la posibilidad de la formacion relativamente rápida de las razas humanas, de modo que en sus principales caracteres existieran ya muy pocos siglos despues del diluvio, y tambien antes en los siglos que corrieron desde la creacion. En efecto, reconociendo, como no puede ménos, que en estas materias procede la comparacion del hombre con los animales, y aun las diferencias, si las hay, serian favorables á nuestra opinion, por lo que pueden influir en las formas externas del organismo las diversas costumbres, ocupaciones, ideas, alimentos, género de vida, etc., varios en el hombre y uniformes en las especies animales; debe recordar lo que él mismo dice sobre la formacion de razas nuevas de animales en nuestros dias, en ménos de lo que llevamos de siglo, citando los perros zarceros, las razas de bueyes y cerdos, tan caracterizadas, que la de cuernos largos de durham y la de cuernos cortos de dishley, dice que jamás podrán fundirse en una. Tenemos, pues, formadas en pocos años razas nuevas de animales bien caracterizadas. En este hecho se funda con razon Vilanova para probar, entre otras muchas razones, que las razas humanas pueden provenir de una pareja primitiva. Pues ¿por qué no es lógico hasta el fin, y sabiendo que ese hecho ha sido obra de